

Hubo entonces un momento inefable. Ahogada la respiración de entrambos, no podían articular palabra.

Por fin el viejo dijo con voz balbuciente :

— ¡Vamos! ya quiso Dios que se destapó. Me ha dicho :
¡Padre mio !

Marius desprendió su cabeza de entre los brazos del abuelo y dijo con dulzura :

— Pero, padre mió, ahora que ya estoy bueno, me parece que podría verla.

— Previsto también, la verás mañana.

— ¡Padre mio !

— ¿Qué ?

— ¿Y por qué no hoy mismo ?

— Pues bien, hoy. Será hoy, puesto que así lo quieres. Me has dicho « padre mio » tres veces, y esto merece aquello. Voy á ocuparme de ese negocio. Te la traerán. Previsto, te he dicho. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del *Jóven enfermo* de Andrés Chénier, de Andrés Chénier que fué degollado por los malv... por los gigan'es de 93.

El señor Gillenormand creyó notar un ligero fruncimiento de cejas de Marius, quien, en realidad, debemos decirlo, no le escuchaba ya, arrobado como estaba en el éxtasis, y pensando mucho más en Coseta que en 1793. El abuelo, temblando de haber introducido tan inoportuna-mente el nombre de Andrés Chénier, añadió con premura :

— Degollado no es la palabra adecuada. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malos, esto es incontestable, que eran unos héroes, ¡pardiez ! hallaron que Andrés Chénier los incomodaba un poco, y le hicieron guillot... — Es decir, que aquellos grandes hombres, el 7 Thermidor, en el interés de la salud pública, rogaron á Andrés Chénier que tuviera la bondad de ir..

Cogido en la garganta por su propia frase, el señor Gillenormand no pudo continuarla ; sin tener fuerzas para terminarla, ni para retractarla tampoco, mientras que su hija arreglaba detrás de Marius la almohada, trastornado por tantas emociones, el viejo se lanzó, con toda la prontitud que su edad le permitía, fuera de la alcoba, tiró de la puerta tras sí, y, amoratado, ahogándose, echando espuma por la boca, con los ojos que se le saltaban del cráneo, se halló frente á frente con el buen Basque que estaba dando unto á las botas en la antesala. Dirigióse frenético á Basque, le asió por el cuello y gritó enfurecido :

— ¡Por todos los diablos del infierno, aquellos bandidos me le asesinaron !

— ¿ Á quién, señor ?

— ¡ Á Andrés Chénier !

— Sí, señor, dijo Basque lleno de espanto

IV

LA SEÑORITA GILLENORMAND CONCLUYE POR NO HALLAR
DEL TODO MAL QUE EL SEÑOR FAUCHELEVENT HAYA ENTRADO
CON ALGO BAJO EL BRAZO

Coseta y Marius volvieron á verse.

Renunciamos á decir lo que fué la entrevista. Hay cosas que no debemos tratar de pintar; el sol es del número de ellas.

Toda la familia, incluso Basque y Nicolette, se hallaba reunida en el cuarto de Marius en el momento en que entró Coseta.

Apareció bajo el dintel de la puerta como circundada de una auréola de luz.

Precisamente en aquel mismo instante el abuelo iba á sonarse; quedó como cortado, con la nariz cogida en su pañuelo, y mirando á Coseta por encima:

— ¡ Adorable ! exclamó.

Y en seguida se sonó con estrépito.

Coseta estaba como embriagada, hechizada, asustada, en el cielo. Se hallaba tan amedrentada como es posible hallarse por la dicha. Tartamudeaba, ora pálida, ora encarnada, queriendo precipitarse en los brazos de Marius, y no atreviéndose á hacerlo. Avergonzada de amar en presencia de todo el mundo. Nunca hay compasión para los amantes dichosos; todo el mundo se queda junto á ellos cuando más deseos tienen de quedarse solos. Y sin embargo, ellos no tienen ninguna necesidad de genio.

Con Coseta, y detras de ella, habia entrado un hombre de blanca cabellera, grave y á pesar de esto sonriendo, pero con una vaga y punzante sonrisa. Era « el señor Fauchelevant ; » era Juan Valjean.

Iba *muy bien puesto*, como habia dicho el portero, enteramente vestido de nuevo y de negro, y con corbata blanca.

El portero estaba muy lejos de reconocer en aquel bourgeois correcto, en aquella estampa de notario, al pavoroso portador de cadáveres que habia surgido á su puerta en la noche del 7 de Junio, haraposo, lodiento, horrible, hurraño, con el rostro enmascarado de sangre y de fango, sosteniendo por bajo de los brazos á Marius desmayado; sin embargo, su olfato de portero acabó por despertarle. Cuando el señor Fauchelevant llegó con Coseta, el portero no habia podido ménos de confiar á su mujer este « aparte »: No sé por qué se me figura siempre que he visto ántes esa cara.

El señor Fauchelevant permanecía como apartado, cerca de la puerta, en el aposento de Marius. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido á un volumen en octavo, envuelto en un papel. Este papel que le envolvía era verdusco y parecia como enmohecido.

— ¿ Es que ese señor llevará siempre así libros bajo el

brazo? preguntó en voz baja á Nicolette la señorita Gillenormand, á quien no gustaban los libros.

— Y bien, respondió en el mismo tono el señor Gillenormand que la había oído, es un sabio. ¿Qué tiene eso de particular? ¿es culpa suya acaso? El señor Boulard, á quien yo conocí, no iba nunca tampoco sin el acompañamiento obligado de algún libro, y andaba siempre así con un libraco apretado contra el corazón.

Y, saludando, dijo en alta voz:

— Señor Tranchelevent...

El tío Gillenormand no hizo esto adrede, sino que la inatención á los nombres propios era en él una forma aristocrática.

— Señor Tranchelevent, tengo el honor de pedir á usted para mi nieto, el señor baron Marius Pontmercy, la mano de esta señorita.

El « señor Tranchelevent » se inclinó.

— Está dicho, añadió el abuelo.

Y volviéndose hácia Marius y Coseta, con los brazos extendidos y bendiciendo, exclamó:

— Permiso de adoraros.

No aguardaron á que se lo dijeran segunda vez. En seguida empezó entre ellos el gorjeo. Hablabanse en voz baja, Marius apoyado de codos sobre su silla larga, y Coseta de pié junto á él. — ¡Ay Dios mio! murmuraba Coseta, al fin le vuelvo á ver! ¡Eres tú! ¡es usted! ¡Haber ido á batirse de esa manera! ¿Pero por qué? Es una cosa horrible. Durante cuatro meses, he estado muerta ¡Oh! ¡qué maldad, el haber ido á esa batalla! ¿Qué le había yo hecho á usted? Le perdono, pero ya no volveré á hacerlo. Hace poco, cuando fueron á decirnos que viniéramos, creí todavía que iba á morir, pero era de gozo. ¡Estaba tan triste! No he tomado siquiera el tiempo necesario para vestirme, debo estar hecha un horror.

¿Qué dirán sus parientes de usted al verme con una pañoleta toda arrugada? Pero hábleme usted! Me deja á mi sola hablármelo todo. Vivimos siempre en la calle de l'Homme-Armé. Parece que su hombro de usted estaba en un estado terrible. Me han dicho que se podía introducir el puño dentro. Y además, parece que han cortado las carnes con tijeras. ¡Pero si eso es una cosa horrible! He llorado tanto, que ya no tengo ojos. Es singular que se pueda sufrir así tanto. Su abuelo de usted tiene trazas de ser muy bueno! No se moleste usted, no se apoye así en el codo, cuidado, que va usted á hacerse daño. ¡Oh! qué dichosa soy!

¡Conque ya habrá concluido la desgracia! Estoy hecha una tonta. ¡Quería decirle á usted cosas que ya no recuerdo, nada! ¿Me ama usted siempre? Vivimos en la calle de l'Homme-Armé. No hay jardín. He estado haciendo hilas todo este tiempo; vea usted, mire aquí, usted tiene la culpa, tengo un callo en los dedos.

— ¡Ángel mio! decía Marius.

Ángel es la única palabra de la lengua que no puede gastarse. Ninguna otra voz resistiría al uso desapiadado é inclemente que de ella hacen los enamorados.

En seguida, como había gentes delante, interrumpieron la conversacion, y sin hablar ya ni una sola palabra, se limitaron á tocarse las manos muy suavemente.

El señor Gillenormand se volvió entónces hácia todos los que estaban en aquel cuarto y gritó:

— Hablad en voz alta, vosotros. Haced ruido, ahí entre bastidores. Vamos, vamos, un poco de runrun, qué diablos! que esos chicos puedan charlar á sus anchas.

Y acercándose á Marius y á Coseta, les dijo en voz baja:

— Tutearos. No andéis con cumplimientos.

La señorita Gillenormand asistía con estupor á esta

irrupción de luz en aquella morada de la vejez. Pero su estupor no tenía nada de agresivo; no era, de ningún modo, la mirada envidiosa y escandalizada de un mochuelo á dos palomas; era la mirada estúpida de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida frustrada mirando aquel triunfo, el amor.

— Señorita Gillenormand primogénita, la dijo su padre, yo te lo había dicho bien, que te sucedería esto.

Permaneció un momento silencioso y añadió:

— Mira, mira la dicha de los otros.

Volviéndose despues hácia Coseta, exclamó:

— ¡Qué hermosa es! ¡qué bonita! Es una figura de Greuze. ¿Conque vas á tener todo eso para ti solo, perillan? ¡Ah! mi picaruelo, de buena te libras conmigo: grande fortuna tienes, si no tuviera yo quince años de más, nos batiríamos á la espada para disputárnosla. Toma, yo estoy enamorado de usted, señorita. Es una cosa muy natural; y que de derecho la corresponde á usted. ¡Ah! qué boda tan bella, tan linda, tan deliciosa vamos á tener aquí! Nuestra parroquia es San Dionisio del Santo Sacramento, pero yo tendré una dispensa para que os casen en San Pablo. Es mejor iglesia. La hicieron construir los jesuitas. Es de más lujo y más bonita. Está junto á la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la arquitectura jesuita está en Namur. La llaman Saint-Loup. Será menester que vayáis á verla cuando os hayáis casado. El ver aquello merece bien el viaje. Señorita, yo soy enteramente de su opinion de usted, quiero que las muchachas se casen, para eso están ellas. Quisiera yo que ciertas santas se quedaran siempre sin gorras. Permanecer soltera es bonito, pero es frio. La Biblia dice: Creced y multiplicad. Para salvar al pueblo, se necesita á Juana de Arco; pero para hacer al pueblo, se necesita la tia Gigogne. Así, pues, hermosas, á casarse. En ver-

dad que yo no sé por qué habrían de quedarse solteras. Ya veo que estas tienen su capilla aparte en la iglesia y su puesto de honor en la cofradía de la Virgen; pero caramba, un guapo chico por marido, un mozo de chapa, honrado, y al cabo de un año, una criaturita, hermosa, blonda y rolliza, que os mama alegremente, que tiene bonitos pliegues de grasa en las piernas, y que os trastea el pecho á puñadas con sus manecitas de rosa riendo como una aurora, todo esto vale sin embargo mucho más que llevar un cirio en las vísperas y cantar *¡Turris eburnea!*

El abuelo hizo una pirueta sobre sus talones de noventa años y volvió á emprender su charla, como un resorte que se dispara de nuevo:

Ainsi, bornant le cours de tes rêvasseries,
Alcippe, il est donc vrai, dans peu tu te maries!¹

— ¡Á propósito!

— ¿Qué, padre mio?

— ¿No tenías tú un amigo íntimo?

— Sí, Courfeyrac.

— ¿Qué ha venido á ser de él?

— Ha muerto.

— Esto es bueno.

Se sentó junto á ellos, hizo sentar á Coseta, y tomando sus cuatro manos entre las suyas, vetustas y arrugadas:

— ¡Qué lindita y qué deliciosa es esta criatura! dijo.

¡En verdad que la tal Cosetita es una obra maestra! Es á la vez una niña chiquita y una gran señora. No será más que baronesa, lo cual es una verdadera derogacion, para ella, que ha nacido marquesa. ¡Y que no tiene pes-

¹ Así, pues, poniendo un limite al curso de tus devarios, ¿es verdad, Alcippe, que vas á casarte pronto?

tañas la niña, que digamos! Hijos míos, encasquetaos bien el cariño en la cabeza, que vosotros estáis en el terreno verdadero. Amaos de firme, enrocinaos bien. El amor es la necesidad de los hombres y el talento de Dios. Adoraos, sí. Sólo que, añadió el anciano entristecido de repente, ¡qué fatalidad! ¡Ahora pienso en ello! Más de la mitad de lo que poseo está colocado en renta vitalicia; mientras que yo os viva, esto marchará aún, pero después de mi muerte, dentro de unos veinte años, ¡ah! mis pobres niños, ¡no tendréis ni un real! Esas lindas y blancas manitas, señora baronesa, harán al diablo el honor de tirarle de la cola.

Á este tiempo se oyó una voz grave y tranquila que decía:

— La señorita Eufrosia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Juan Valjean.

Aún no había pronunciado él ni una sola palabra, nadie parecía saber siquiera que estaba allí, y se mantenía de pie ó inmóvil detrás de todas aquellas personas dichas.

— ¿Y quién es esa señorita Eufrosia en cuestión? preguntó estupefacto al abuelo.

— Soy yo, respondió Coseta.

— ¡Seiscientos mil francos! exclamó el señor Gillenormand.

— Méenos catorce ó quince mil francos tal vez, dijo Juan Valjean.

Y colocó sobre la mesa el paquete que la señorita Gillenormand había tomado por un libro.

Juan Valjean abrió él mismo el paquete, el cual no era otra cosa que un lío de billetes de banco. Los hojearon y los contaron. Había quinientos billetes de mil francos y

ciento sesenta y ocho de quinientos. En todo, quinientos ochenta y cuatro mil francos.

— Hé ahí un buen libro, dijo el señor Gillenormand.

— ¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! murmuró la tía.

— Esto arregla muchas cosas, ¿no es verdad, señorita Gillenormand primogénita? repuso el abuelo. ¡Este diablo de Marius, pues no ha ido á desanidar en el árbol de los sueños una griseta millonaria! ¡Fíese usted ahora en los amorcillos de los muchachos! Los estudiantes encuentran estudiantas de seiscientos mil francos. Querubín trabaja mejor que Rothschild.

— ¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! repetía á média voz la señorita Gillenormand. ¡Quinientos ochenta y cuatro! como quién dice seiscientos mil, ¡qué!

Por lo que hace á Marius y á Coseta, se estaban mirando mientras tanto, y apenas llamó su atención este detalle,



DEPOSITAD MAS BIEN VUESTRO DINERO EN TAL SELVA QUE EN
CASA DE TAL NOTARIO

Sin duda se ha comprendido, sin que sea necesario dar de ello una larga explicación, que Juan Valjean, despues del proceso Champmathieu, habia podido, gracias á su primera evasion de algunos dias, venir á Paris y retirar á tiempo de casa de Laffitte la suma ganada por él, bajo el nombre del señor Magdalena, en M.; y que temiendo que le volvieran á capturar, como en efecto le sucedió así poco tiempo despues, habia escondido y enterrado esta suma en la selva de Montfermeil, en el paraje llamado el fundo Blarú. La suma, seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de banco, tenía muy poco volúmen y cabia muy bien en una caja; sólo que, para preservar la caja de la humedad, la habia encerrado en un cofrecito de encina lleno de virutas de castaño. En el mismo cofre habia puesto el otro tesoro que poseia, los candeleros del obispo. El lector recuerda sin

duda que él se habia llevado estos candeleros al evadirse de M. El hombre visto la primera vez una noche por Boulatruelle era Juan Valjean. Más adelante, cada vez que Juan Valjean tenía necesidad de dinero, iba á buscarle al claro de Blarú. Estas eran las ausencias de que hemos hablado. Tenía guardado un azadon en cierto paraje, entre los brezos, en un escondrijo que sólo él conocia. Cuando vió á Marius ya convaleciente, previendo que se acercaba la hora en que pudiera utilizarse aquel dinero, fué en busca de él; y él fué tambien el hombre quien vió Boulatruelle en el bosque, pero esta vez era por la mañana, y no por la noche. Boulatruelle heredó el azadon.

La suma real era de quinientos ochenta y cuatro mil quinientos francos. Juan Valjean retiró los quinientos francos para él. — Despues, ya veremos, dijo para sí.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos sacados de la casa de Laffitte representaba el gasto de diez años, de 1823 á 1833. Los cinco años de residencia en el convento no habian costado más de cinco mil francos.

Juan Valjean colocó los dos candeleros de plata sobre la chimenea, donde resplandecian causando grande admiracion á Toussaint.

Por lo demas, Juan Valjean sabia que ya se hallaba libre de Javert. Habian referido en presencia suya, y él habia comprobado el hecho en el *Monitor*, que le publicó, que un inspector de policia, llamado Javert, habia sido encontrado ahogado bajo un barco de lavanderas, entre el puente del Cambio y el puente Nuevo, y que un escrito dejado por este hombre, quien por otra parte era irreprochable, y muy estimado de sus jefes, daba margen á creer en un acceso de enajenacion mental y en un suicidio. — En verdad, dijo entre sí Juan Valjean, pues que, teniéndome en su poder, me dejó en libertad, es preciso que estuviera él ya toco.

LOS DOS ANCIANOS HACEN TODO LO POSIBLE, CADA CUAL Á SU MANERA, PARA QUE COSETA SEA DICHOSA

Preparóse todo para el casamiento. El médico, consultado al efecto, declaró que podría celebrarse en el mes de Febrero. Se estaba en Diciembre. Transcurrieron pues algunas deliciosas semanas de completa felicidad.

No era el abuelo el ménos dichoso, Pasaba los cuartos de hora enteros mirando y contemplando á Coseta.

— ¡Admirable y preciosa niña! exclamaba. ¡Y tiene unos modales tan finos, tan delicados, y es tan buena! Y no hay que decir que es la prenda de mi corazón, sino que, de todos modos, es ella la más linda chica que yo he visto en toda mi vida. Más adelante, eso hará brillar virtudes con perfume de violeta. ¡Cómo! ¡si es una gracia! Con semejante criatura, no se puede ménos de vivir noblemente. Marius, hijo mio, tú eres baron, eres rico, no ejerzas tu profesion abogadesca, te lo suplico.

Coseta y Marius habian pasado bruscamente del sepulcro al paraíso. La transición no habia sido preparada ni asistida de las menores precauciones, y los habria aturcido, si no los hubiera fascinado.

— ¿Comprendes tú algo de esto? decia Marius á Coseta.

— No, respondia Coseta, pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean lo hizo todo, todo lo allanó y lo concilió y lo facilitó en extremo. Apresurábase hácia la felicidad de Coseta con tanta prisa y afán, y en apariencia, con tanta alegría como la misma Coseta.

Como él habia sido alcalde, supo resolver un problema delicado, cuyo secreto poseia él solo: el estado civil de Coseta. Decir secamente el origen, ¿quién sabe? tal vez esto habria impedido el casamiento. Sacó á Coseta de todas las dificultades. La fraguó una familia de gente muerta, que era el medio más seguro de no incurrir en ninguna reclamación. Coseta era el único miembro que sobrevivía de una familia extinguida; Coseta no era su hija, sino hija de otro Fauchelevent. Dos hermanos Fauchelevent habian sido jardineros en el convento del Petit-Picpus. Dirigiéronse á aquel convento, donde abundaron los mejores informes y los testimonios más respetables: las buenas religiosas, poco aptas y nada propensas á penetrar en las cuestiones de la paternidad, y no maliciando nada, no habian sabido nunca á punto fijo de cuál de los dos Fauchelevent era hija la niña Coseta. Dijeron lo que se queria que dijeran, y lo dijeron con zelo y buena fe. Extendióse pues un acta de notoriedad. Coseta vino á ser, ante la ley, la señorita Eufrosia Fauchelevent. Fué declarada huérfana de padre y madre. Juan Valjean se arregló de tal manera que fué designado, bajo el nombre de Fauchelevent, tutor de Coseta, con el señor Gillenormand como tutor sustituto.

Por lo que hace á los quinientos ochenta y cuatro mil

francos, eran un legado que habia dejado á Coseta una persona que habia muerto y que deseaba que quedara su nombre desconocido. El legado primitivo habia sido de quinientos noventa y cuatro mil francos: pero se habian gastado diez mil francos para la educacion de la señorita Eufrasia, de cuya suma se habian pagado cinco mil francos á dicho convento. Este legado, depositado en manos de una tercera persona, debia ser entregado á Coseta al llegar la época de su mayor edad, ó la de su casamiento. Todo este conjunto era, segun se ve, muy aceptable, sobre todo con un apoyo de más de medio millon. Es verdad que no faltaban, acá y acullá, algunas singularidades, pero no se las veia; pues uno de los interesados tenia los ojos vendados por el amor, y los otros por los seiscientos mil francos.

Coseta supo entónces que no era hija de aquel buen anciano á quien ella habia apellidado padre durante tanto tiempo; pero que no era sino un pariente suyo, siendo otro Fauchelevent su verdadero padre. En otra ocasion cualquiera, este descubrimiento la habria afligido en extremo. Mas en los momentos inefables en que ella se hallaba, no produjo esto en su espíritu sino un poco de sombra, una nube negra, y era tanto el gozo que experimentaba, que aquel nublado duró muy poco tiempo. Tenia ella á Marius. El jóven llegaba, y se borraba el viejo; tal es la vida humana.

Y ademas, Coseta estaba acostumbrada, hacia ya muchos años á ver enigmas en derredor de ella; toda criatura que ha tenido una infancia misteriosa está siempre dispuesta á ciertas renunciaciones.

No obstante, ella siempre continuó llamando « Padre » á Juan Valjean.

Coseta, en sus glorias, se hallaba entusiasmada del tío Gillenormand. Es verdad que él la colmaba de presentes

y de madrigales. Mientras que Juan Valjean construia á Coseta una situación normal en la sociedad y una posesion de estado invulnerable, el señor Gillenormand se ocupaba del ajuar y del canastillo de los regalos de boda. Nada le agradaba á él tanto como el mostrarse espléndido y munífico. Habia dado á Coseta un vestido de encaje ó guipure de Binche que provenia de la propia abuela del anciano. — Estas modas renacen, decia él, las antiguallas hacen furor, y las señoritas jóvenes de mi ancianidad se visten como las ancianas de mi infancia.

Desbalijaba sus respetables cómodas de laca de Coromandel con vientre combado, que no habian sido abiertas hasta ya algunos años. — Confesemos á estas nobles vejeconas, decia: vamos á ver qué es lo que guardan en el bandedo. Abria con estrépido aquellos cajones ventruados llenos de trajes de todas sus mujeres, de todas sus queridas, y de todas sus abuelas. Pekines, damascos, lampas, moarés pintados, vestidos de gros de Tours, pañuelos de la India bordados de un oro que puede lavarse, delphinas sin revés en piezas, encajes de Génova y de Alencon, aderezos de joyeria antigua, cajitas de marfil adornadas de batallas microscópicas, joyas, alhajas, adornos, cintas, todo lo prodigaba él á Coseta. Coseta, maravillada, perdida de amor por Marius y azorada de reconocimiento hácia el señor Gillenormand, soñaba una dicha sin límites vestida de raso y terciopelo. Su canastillo de boda le aparecia sostenido por serafines. Su alma volaba hácia el firmamento con alas de encaje de Malinas.

La ebriedad de los novios sólo era comparable, como hemos dicho ya, al éxtasis del abuelo. Habia pues grande fiesta y algazara en la calle de las Filles-du-Calvaire.

Cada mañana se señalaba por una nueva ofrenda de ropaz y alhajas del abuelo á Coseta. Todas las cintas y todos